

murió, en pago de este sublime amor á la idea, mas que á los hombres, abandonado por los suyos, cuando los suyos devoraban todos los manjares del presupuesto; y otros mil mas. Estos hombres estaban llamados á hacer mucho y á preparar mas.

Castelar fortalecía sus convicciones con el trato de algunos de estos hombres. Iba á entrar en plena luz. Era ya la hora histórica en que debía aparecer la estrella.

XII.

La Union liberal habíase reunido á mediados de Setiembre para esplanar sus ideas en un manifiesto que dió á luz el día 17. Había estado presidida la reunion, si no me engaño, por uno de los Conchas. Al principio se habia pensado en que no se entrara mas que con papeleta; pero para dar un carácter mas popular á la reunion se decidió que entrara todo el mundo. Hubo mas de tres mil personas. Habia avidéz entonces de reuniones públicas. Allí donde se decia que un hombre hablaba, allí acudían las gentes y se atropellaban por entrar. El manifiesto era como de union liberal: un pastel hecho con anillos de cadenas y todo él rociado con un poco de agua de colonia de la libertad.

Para combatir este manifiesto, reunióse el 26 de setiembre la juventud liberal en el Teatro de la Ópera, Teatro Real entonces. Presidió la sesion Nemesio Fernandez Cuesta. A su lado estaban sentados Pinedo, Martos, Goicouria, Ordax y otros. Se queria no solo combatir aquel manifiesto sino redactar otro, como protesta, y dar á conocer las aspiraciones y las tendencias del ya llamado entonces partido democrático.

La sesion fué bastante borrascosa en sus principios. En las reuniones populares casi siempre sucede esto. Una palabra cualquiera suscita una violenta tempestad. Pero de pronto todo el mundo cayó en profundo silencio. Hablaba un jóven que se llamaba Castelar. ¿Quién le conocía? Pocos. Aunque era de pequeña estatura, su figura era agradable y tenia una voz de dama cuando empezaba, y robusta y llena cuando comenzaba á animarse. Cataratas de poesía, rayos de estrellas iluminando sus mas pequeños conceptos, párrafos que iban cayendo como cascadas en el alma de sus oyentes: rios de elocuencia que corrían unas veces lentos y otras como desbordados, todo esto habia en aquella palabra mágica. Al oírle por vez primera comprendieron muchos que era un genio oratorio que podia llegar á ser una gloria nacional. Muchos comprendieron que aquel jóven ignorado llegaria á ser, andando los tiempos, bajo un punto de vista menos que Mirabeau, y bajo otro mas.

Aquel dia fué su bautismo solemne en la democracia. Desde que habló la elocuencia progresista quedó enterrada. El pequeño David estaba llamado á matar á aquel famoso gigante que se llamó Olózaga y cuyos frios despojos yacen en la embajada de Paris. Los que le oyeron, aseguraban aquella noche, que el jóven que habia hablado en el Teatro Real, era una notabilidad oratoria: la elocuente facilidad de Martos unida á una profundidad de conocimientos y á una lectura abundantísima que Martos no habia tenido. Al dia siguiente casi todos los periódicos que se publicaban entonces, el *Tribuno*, el *Clamor Público*, el *Leon Español*, la *Europa*, las *Novedades*, la *Soberanía Nacional*, la *Discusion*, el *Siglo XIX*, el

Miliciano, el *Eco de las Barricadas*, deshiciéronse en elogios al jóven tribuno. Castelar les remitió una carta dándoles las gracias por las alabanzas que le tributaban y las *Novedades*, la *Europa*, la *Época* y otros contestaron publicando íntegro su discurso.

Era algo ampuloso, algo retocado y amanerado, habia en él sentimiento católico, amor á la libertad y culto ferviente á la razon humana y sus inmarcesibles conquistas. Pero se notaba en él esa falta de ideas que hay en todo jóven. Si rendia culto al catolicismo ¿cómo podia rendirle á la razon, su eterna antagonista, segun la Filosofía moderna?

Copiaremos algunos de sus párrafos mas notables. Es un discurso muy poco conocido hoy y merece serlo en verdad.

Hélos aquí:

«Voy á defender las ideas democráticas, si es que deseais oirlas. Estas ideas no pertenecen á los partidos ni á los hombres; pertenecen á la humanidad. Basadas en la razon son como la verdad absoluta, como las leyes de Dios, universales. Por eso la persecucion no puede ahogarlas, ni la espada del tirano vencerlas; pues antes que el tiempo desplegara sus alas, fueron escritas en libros mas inmensos que el espacio, por la mano misma del Eterno. Así, los hombres que se pierden en el océano de la vida; los poetas que adoran lo eternamente bello; los filósofos que leen la verdad absoluta en el puro cielo de la conciencia, no hacen mas que arrojarlas en ondas de luz sobre la mente del pueblo. (Aplausos.)

»Yo, señores, lleno de sentimiento, y desnudo de inteligencia, me propongo reseñar los dogmas

del partido democrático, ya como principios eternos de su escuela; ya como principios de aplicación práctica en las actuales circunstancias. Convirtamos un instante nuestros ojos á lo pasado. ¡Qué espectáculo, señores, tan tremendo! La imprenta, ese soldado de Dios, que pelea como Ajax por la luz, encadenada á los piés de los tiranos, (aplausos); la tribuna, providencia del pueblo, sujeta al carro del vencedor, y las obras del ingenio humano proscritas porque dan generoso aliento al pecho de los pueblos; el pensamiento oculto en el fondo de la conciencia estallando en el cerebro, sin poder alzar su vuelo y perderse como el águila en lo infinito; la fé vendida por una cartera de ministro y la razon y la libertad llorando en ignominioso calvario. (Estrepitosos aplausos). Todos hemos presenciado el martirio de la libertad. Bravo Murillo intentó matarla con el puñal del materialismo, sin parar mientes en que las ideas son invulnerables; Estéban Collantes la insultó con sus sarcasmos; Domenech fué su Júdas, pues cuando la creyó vencida no dudó un punto en venderse á los seides del absolutismo; Sartorius escribió su epitafio, como antes Donoso habia escrito el evangelio de la reaccion, sosteniendo que la razon y el absurdo se aman con amor invencible; que fuera de las vías católicas nada hay tan despreciable como la humanidad; que el siglo xvi con su inquisicion y sus frailes es el ideal de la sociedad; que debíamos por nobleza amar á la dictadura del sable; que el hombre es la concentracion de todos los deberes y la teocracia el mas perfecto de todos los gobiernos. ¡Insensato! No sabia que negando la razon negaba á Dios cuya esencia no es sino la razon: que negando la libertad, negaba al hombre, cuya existencia no se compren-

de sin la libertad.... Pero hacian bien. Negando al hombre, negaban el eterno enemigo de sus conspiraciones: negando á Dios, negaban al aterrador espectro de sus conciencias. (Aplausos prolongados, interrupcion del orador.)

En último caso el marqués de Valdegamas tenia razon. El catolicismo es la opresion y la muerte de la conciencia del pensamiento. Poco despues el jóven tribuno pedia en nombre del catolicismo, lo que este ha odiado y odiará mas siempre, la libertad de conciencia; y decia:

«Yo en nombre del catolicismo pido la libertad de cultos para nuestra patria. ¡Lastima decirlo! Mientras todas nuestras gerarquías sóciales son libres, la Iglesia, solo la Iglesia es esclava, y no puede menos de serlo: porque mientras exista en nuestra patria el esclusivismo religioso, el gobierno está en el deber de impedir que la tiranía penetre en las conciencias: El culto católico ganaria mucho con los otros cultos. Enseñadle á un herege nuestras catedrales, mostradle sus arcos sosteniendo bóbedas sembradas de lámparas, como el cielo de estrellas; la cúpula que se lanza al infinito y se pierde en los arreboles del aire: el santuario irradiando divina luz: las vírgenes trazadas por el pincel de nuestros artistas, subiendo al empireo en alas de los ángeles, cuyo pecho agita el soplo del amor divino: los doctores leyendo eternamente la verdad absoluta en sus libros de piedra, los héroes descansando en los sepulcros, sobre cuya loza se cienne la bienaventuranza: hacedle oír las notas del órgano, que como rocío de vida anima estátuas y columnas: el canto del sacerdote

que parece eco perdido de las armonías que forman las esferas, y bien pronto flaquearán sus rodillas, y se estremecerá su conciencia como cayendo de hinojos ante la realidad de un Dios que se revela bajo las tres eternas formas de la divinidad que son la virtud, la ciencia y el arte. (Extraordinarios aplausos.)»

Hablaba despues de las ideas vivas en el alma de los pueblos, y de las ideas muertas que deben sepultarse en el olvido por haber pasado ya su razon de ser.

«¿Por qué, me direis, exclamaba, el principio reaccionario es tan tenebroso, y el principio liberal es tan sublime? Porque, el primero es un principio muerto, que si respira respira el mefítico aire de las tumbas, y el segundo es un principio lleno de vida, puesto en el trono de la humanidad por la inflexible lógica de Dios, que se manifiesta centelleante en la historia.

«Esto mismo explica como en ciertas épocas, instituciones sagradas, veneradas, caen en manos de ciertas personas que afrentan á los siglos y manchan á los pueblos. Los hombres no son mas que puras formas de las ideas. Cuando una idea generosa y levantada agita la conciencia de la humanidad, y se presenta á recojer los trofeos de la victoria, tiene poder para sacar centellas de la divina luz del fondo del porvenir. Rousseau y Kant son sus profetas; Mirabeau, Vergniaud, sus sacerdotes; Andrés Chenier y Byron sus cantores; Madame de Stael y de Rolland sus heroínas; y Hoche y Napoleon son sus soldados: pero cuando una idea condenada por Dios se em-

peña en vivir entre los hombres, sus símbolos se llaman Carlos VI, Fernando VII, María Cristina, Fernando de Nápoles, y Napoleon el chico.»

Al llegar á este parte de su discurso, los aplausos ahogaban su voz de tal manera que tuvo que detenerse. De todos los lados del teatro salian voces pidiendo su nombre. Cuando la calma se restableció, el orador continuó. Despues de haber destruido, edificaba sobre las ruinas y los escombros que habian dejado todos los partidos; él levantaba la pura é inmaculada bandera de la democracia.

«Señores, solo el partido democrático, prosegua, puede llevar á su cima nuestra gloriosa revolucion. Todos los principios que le han servido de bandera, forman nuestros dogmas y nuestros principios. Yo le diria al partido progresista. ¿Que quieres? ¿Soberanía del pueblo? Pues cédenos el puesto, porque nosotros queremos esa soberanía con todas sus lógicas consecuencias, porque nosotros damos al pueblo por corona el derecho, y por cetro la ley. ¿Economías? Nadie sino el partido democrático puede salvaros de la bancarrota que amenaza, de la lancarrota que os devora, porque el partido democrático con su abnegacion realizará profundas economías, sin lastimar por eso el crédito del pais, sin oponerse á todos los derechos que son sagrados, ¿Libertad? Nosotros la alzaremos en nuestros brazos sin límites que la niegen, sin barreras que la detengan, sin instituciones que la limiten. He aquí por qué la union que proclamais es viciosa; y esta es la ocasion de hablar cuatro palabras sobre la encomiada union

que aquí se ha tratado de una manera tan lastimosa. (Risas.)

«Hoy somos los soldados de la libertad y por consecuencia somos los soldados de Dios. Los individuos ensayan en sus conciencias ideas que aplican á los pueblos: los pueblos ensayan en su conciencia ideas que aplican á la humanidad. El sol, pues, el sol que fué en otro tiempo nuestro esclavo, ilumina hoy con sus rayos de oro la bandera de nuestra victoriosa revolucion que hace estremecer de gozo á los oprimidos. Somos la nacion salvadora; si nó tended conmigo los ojos por Europa. Inglaterra comerciaba con la libertad. (Aplausos.) La Francia levantando á los pueblos de su postracion, los ha vendido en el amargo dia que mas necesitaban de su espada. ¡Alemania; parece imposible! Alemania que ha pretendido la confederacion universal de todos los pueblos y ha elevado en alas de la libertad el pensamiento de todas las inteligencias á la última esfera de la filosofia; Alemania, patria de Schiller y de Hegel, es hoy la esclava de Juliano el apóstata. (Aplausos.)

«La democracia es antigua, muy antigua en nuestro suelo. Nuestros pueblos de la edad media entendian el derecho de peticion mejor que lo entienden los liberales de nuestros dias. (Bien, muy bien.)»

Concluyó de esta manera elevada y grandilocuente;

«Señores, pidamos que se realice la fraternidad entre todos los hombres y la fraternidad en-

tre todos los pueblos, porque todos nos encaminamos á una patria que es el cielo. Pidamos que se realice en todas sus aplicaciones la verdad cristiana; que la justicia sea el sol de nuestras esferas sociales; que las clases menesterosas reciban el pan de la inteligencia. El trabajo, señores, que es á la propiedad lo que el cincel de Fidias es al mármol, (Muchos aplausos) debe recibir de la justicia la debida recompensa. (Reiterados aplausos.) En fin, señores, pidamos á Dios que pelea por los buenos, pidamos á Dios que la Inglaterra sea verdadera aliada de la libertad, y Alemania, mente del mundo, nos revele nuevos misterios de la ciencia, nuevos secretos del arte; que Francia sacuda su letargo y vuelva á ser el tribuno de los pueblos; que Hungría y Polonia rasguen sus túnicas de esclavos, y que la Italia, esa prodigiosa artista, que sostenía con dulces armonías el sueño de sus señores, se levante herida de sus recuerdos y recoja del suelo la rota lanza de Bruto y Cincinato, porque con ideas tan grandes y con tan denodados guerreros, el triunfo de la libertad será eterno.»

Su voz fué cubierta entonces por la centésima vez con los aplausos de los concurrentes todos. De todas partes acudieron personas á felicitarle y á estrecharle su mano. Pocas ovaciones ha habido como aquella. Poco despues los progresistas coronaban á Quintana: aquel dia el jóven Castelar se coronó á sí mismo.

El juicio que formaron los hombres de aquella época del discurso del jóven demócrata, fué, poco mas, poco menos, el mismo que á nosotros nos ha sugerido su lectura en los periódicos de aquel tiempo.

La *Epoca* decía de él;

«En medio del innegable talento que respiraba la frase un tanto ampulosa y alambicada del Sr. Castelar, advertíase esa falta de fijeza de principios que solo infunde la madurez del pensamiento y del estudio, y que solo se adquiere con los años: profundamente religioso y creyente el orador, ora tributaba entusiasta culto á las grandes tradiciones históricas de su patria, y las glorias de la monarquía enlazadas á las libertades públicas le inspiraban las mas floridas imágenes; ora haciendo la apotéosis de la razon humana, venia á erigirse en apóstol de la mas avanzada democracia, fascinado alternativamente por Montalembert y Donoso, por Luis Blanc y Víctor Hugo.»

De todos modos, aquel dia se reveló al país y á sí mismo quizás. Por el efecto que su palabra produjo, pudo comprender que estaba llamado á producirle en mas basta escala, cuando se iniciara mas en los secretos de dirigirse á las multitudes. Por una especie de acaso providencial, aquel mismo dia resonó tambien en el mismo teatro la voz de aquel renegado ilustre, de aquel apóstata tan inteligente, de aquel Satanás de todas las perfidias y de todas las elocuencias, que olvidándose hasta de lo que no debe olvidarse nunca un hombre honrado, de la sangre hecha verter en balde, de los fusilamientos de Alicante, venia á deponer su corona á los pies de la democracia y á lanzar aquel grito célebre desde entonces. «Yo te saludo, oh jóven democracia.» Pero aquel hombre corrompido verdaderamente en el fondo de su alma, estaba ya destinado solo

por la providencia para realizar y cohonestar maldades como las de la noche de San Daniel y para precipitar la ruina de una dinastía arrojada de todos los pueblos y maldecida por todos los que amaban la libertad. María Lopez habia muerto: Alcalá Galiano decaia visiblemente. No habia oradores que hablaran poéticamente, que entusiasmáran á las multitudes y las arrastráran. Bien es verdad que la elocuencia habia estado hasta entonces á la altura de la política. Para una política de término medios, bastaban oradores medianos, ó de cierto género al menos. Venia la idea democrática que se presentaba resplandeciente y luminosa y era preciso un orador luminoso y resplandeciente. Bajo este punto de vista la aparicion de Castelar en la vida pública fué una conjuncion de Dios y del progreso.

XIII.

Desde aquel dia su situacion y su existencia fueron ya otras. Acogido favorablemente por el pueblo, por el periodismo, por todo el mundo, empezó á trabajar con esa incansable actividad que le ha distinguido siempre. En nuestra patria uno de los medios de escalar los mas altos puestos, asi las notabilidades como las inutilidades, es el periodismo. Se escribe primero una gaceti-lla: si se tiene fuerzas se escribe de vez en cuando una novela para el folletin, mala generalmente, ó una revista. Esto me recuerda que la novela *Alfonso el sabio* de Castelar y Canalejas apareció en el folletin de las *Novedades*, aunque recuerdo haber visto tambien otra edicion de ella. Se escriben despues algunos sueltos, quizá alguna

de esas correspondencias que se figuran venidas de Barcelona, de Paris ó de Londres y que han sido escritas sobre la mesa de la redaccion: al cabo un artículo de fondo y he aquí un periodista hecho y derecho. Castelar no necesitaba de estas cosas. Fué periodista y buen periodista desde el primer dia.

El periodista que comprende su mision, está llamado á ser uno de los ángeles tutelares de la sociedad en que vive. Si tiene condiciones para serlo hará mucho. El no censura siempre con la seriedad: á veces lo hace con la risa y entonces es mas terrible el aguijon que clava. El fondo de su tintero es una especie de obscura fragua donde forja los rayos que lanza: el fondo de su cérebro una especie de biblioteca de hechos menudos, pequeños, de fechas, de dichos, de sarcasmos que lanza sobre la apostasia de aquel, sobre la inconsecuencia del otro, sobre la codicia de un tercero. Con una cuartilla de papel asesina una institucion: con media un hombre. El cieno en que vive este personaje ó el otro se le arroja á la cara y le pone el rostro como tiene el alma. Husmea, olfatea, penetra en las bohardillas y en los salones: habla en prosa y en verso las mas de las veces: escribe como habla, á galope: conoce á mucha gente, si escribe en un diario razonador y grave, y á todo el mundo si lo hace en un periódico de noticias. Es un ser especial, ardilla en lo listo, y gamo en lo incansable.

Ahi teneis dos hombres: Castelar y Carrascon. Siempre he creido que si Castelar vale mucho como orador, Carrascon vale mucho como periodista. Carrascon tiene intencion profundísima. Castelar elevacion inmensa: el primero, hiere hasta

el alma, el segundo anonada con su grandeza: el uno derriba una dinastía con un artículo, el otro la aplasta con su palabra gigantesca; aquel dispara con bala cónica, este con bomba fulminante: el último hace un discurso en cada artículo, y el primero una revolucion con una historia que parece una novela. La gloria de Castelar es su lengua; la de Carrascon su pluma. Ciertos artículos de este solo pueden compararse con ciertos discursos de aquel. La loca del Vaticano y los discursos sobre la esclavitud, por ejemplo, son dignos los unos del otro. En cambio Carrascon no sabe pronunciar dos palabras juntas. Cuando tiene la mala ocurrencia de querer hacer el papel de orador, le sucede algo de lo que sucede á los mudos: los mudos agitan su campanilla para que se les atienda, y el empieza á dar vueltas á sus guantes y á sus lentes y es de un desastroso efecto oratorio ver como aquellos lentes y aquellos guantes hablan tanto y tan elocuentemente y como su propietario habla tan mal, y tan pausado, y tan poco.

A partir desde el dia en que Castelar se manifestó á la democracia española, todos los periódicos estuvieron abiertos para él. Galilea dirigía uno que se llamaba el *Tribuno*: Castelar escribió en él. Sixto Cámara, aquel mártir de la democracia, aquel furioso entusiasta muerto en los campos de Olivenza, por querer implantar antes de tiempo una idea, poco elaborada aun y poco difundida, dirigía la *Soberanía Nacional*, periódico que en sus artículos predicaba la mas pura doctrina y en sus folletines las novelas socialistas de aquella Mad. Dudevant que, por no querer tener nada de mujer en el mundo, se quitó hasta el nombre y se llamó Jorge Sand: Castelar escribió

en la *Soberanía Nacional*; la *Discussion* donde fué redactor en jefe, contóle tambien en su seno. Trabajó con Rivero y á su lado sostuvo rudas campañas. El suelto, esa parte del periódico tan fácil y tan difícil á un tiempo, si no le inventó él, le perfeccionó considerablemente al ménos. A un artículo, él contestaba con un suelto, y estaba bien contestado. Con esa facilidad de improvisacion que le distingue, como la noche siembra estrellas en el cielo, él siempre sembraba sueltos en el periódico en que escribía, verdaderas estrellas de él. Rebatía, azotaba, punzaba, aclaraba, iluminaba, todo en cuatro líneas: Como los grandes pintores, no necesitaba mas que dar una pincelada y el cuadro estaba hecho. Por estos tiempos parece ser que ya tenia en sustitucion en la Universidad Central la clase de Historia de España que habia de ganar mas tarde por oposicion. Iba creciendo: habia sido larva y era ya mariposa. Faltaba todavía que el sol dorara un poco mas sus alas y las esmaltara mas con el fuego de sus rayos.

XIV.

¡Qué tiempos aquellos los del bienio! ¡Qué indecision habia en las ideas, que indecision habia en los caracteres! Esto, no obstante, el partido democrático se destacaba ya limpia y claramente del antiguo partido progresista y era su aguijon. La idea de la democracia, como estrella velada por mucho tiempo, empezaba á clarrear en España. A pesar de la derrota de Novara: apesar de la ocupacion de Roma: apesar de aquel infausto 2 de Diciembre que ahogó en su propia sangre á aquella república que hubiera sido du-

radera, sino hubiera llevado en su alma los antiguos errores de la monarquía; apesar de esto—y quizá por esto mismo—las ideas democráticas se acentuaban y se dibujaban mas claramente en Europa. La Italia deseaba ante todo realizar su sueño mas virginal y mas poético: reunir sus ciudades dispersas: rescatar á las esclavas: escuchar otra vez el canto de los gondoleros que atravesaban los canales de Venecia, la sultana aprisionada del austriaco, y coronarse de nuevo en Roma como reina del arte y de la belleza. España soñaba otra cosa. Libertarse para siempre de aquellos parlamentos simoníacos, de aquel despotismo de buen tono, de aquella libertad tan disimulada, que se decia que existia, y que no se sabia donde encontrarla, y de aquella férula de moderantismo que, bajo la forma de una monarquía constitucional, sabia robar al absolutismo sus intolerancias. sus deportaciones y sus fusilamientos.

El partido progresista no habia aprendido nada. Era tan inerte y tan bonachon como en 1836 y 1840. La Union liberal se disponia á jugarle una mala pasada. Él, en tanto, se entretenia en celebrar solemnes exequias en San Isidro por las almas de los muertos en Madrid y Vicálvaro el dia de la batalla y los dias de la revolucion, exequias en que pronunciaba la oracion fúnebre el presbítero don Juan de Dios Cruz: otro dia, por ejemplo, el de la apertura de las Constituyentes, pasaba la tarde solazándose en pasar una revista á los valientes milicianos de aquel entonces: dos meses despues volvia á reunirlos y les entregaba las viejas banderas de otros tiempos, y Espartero les hablaba, y habia conmocion, apreturas, sustos. El Prado y Recoletos estaban literalmente atestados de hombres armados. Formaron cerca

de diez y seis mil milicianos, los ocho batallones de línea, los dos de artillería de á pié, los cuatro de lijeros, la caballería y la artillería. Los que se entusiasmaron con estas menudencias, decian que aquello habia sido una cosa digna de verse. A mas habian formado tambien mas de cuatro mil soldados, con lo que puede calcularse si el espectáculo seria esplendoroso y bello sobre toda ponderacion.

Pero, en medio de todo, á pesar del cariño que se tenia á la idea liberal, la idea democrática asustaba un poco á aquellos buenos monárquicos de aquel entonces. Los progresistas de la calle de Toledo no entendian de república: Pucheta no entendia una palabra de gorros frigos ni de derechos individuales. Un dia un hombre se detuvo en la plazuela de la Cebada, allí donde habia muerto Riego, y empezó á gritar: ¡Viva la República! Los milicianos le mataron á tiros. Los periódicos progresistas censuraron el hecho, pero tíbiamente. Recuerdo que hubo uno que consagró un suelto muy corto á este asesinato, y que en cambio consagró aquel mismo dia casi un artículo á persuadir á los milicianos que no debian cambiar á su capricho los adornos del uniforme, porque «esto destruye, decia muy seriamente, la uniformidad que es la base de la belleza.» Esto pinta aquellos tiempos.

La idea, sin embargo, no se detiene jamás. En aquella misma milicia tan cándida y tan inofensiva, estaban los elementos del porvenir. En los batallones de lijeros estaban los demócratas, y por esto se miraba á estos batallones con cierto recelo. Eran los descamisados de entonces. Eran las gentes que iban á los clubs: eran obreros los mas que empezaban á escuchar ya que todo hombre

tiene derechos y que despojarle de uno de ellos es un atentado contra la ley natural. De todas maneras, por duramente que se juzgue al bienio, no puede negarse que fué un grande, util y solemne aprendizaje para la nacion.

¿Qué hacía Castelar entonces? Lo que podia. En el comunicado que dirigió á los periódicos dándoles gracias por los elogios que le habian dirigido, con motivo de su discurso del Teatro Real, comunicado de que hemos hablado ya, él mismo decia que su nombre ensalzado un dia, volveria al siguiente á caer en el olvido, y esto seria todo. Así sucedió al menos durante algunos meses. Pero él tenia una prodigiosa facultad, rara entonces, la de la elocuencia, y esto debia volverle á sacar del ostracismo de la obscuridad. Recuérdese que eran aquellos tiempos, en que existian todavía los llamados delitos de imprenta, y en que el jurado, como forma mas liberal de enjuiciamiento, absolvía ó condenaba entre los aplausos ó las rechiflas de la multitud, los chistes y los sarcasmos del *P. Cobos* ó del *Látigo* ó los artículos de la *Soberanía Nacional*, del *Leon español* ó del *Tribuno*.

Castelar fué al jurado. Defendió á periódicos de distintos matices: hoy á la *Soberanía Nacional*; al otro dia al *Leon Español* otro á la *Democracia*. La defensa de este último valióle que su nombre empezara á pronunciarse con admiracion en esa tierra del arte que él ha amado y ama tanto que se llama Italia. En la *Democracia* apareció el bellissimo artículo de Heliodoro del Busto, un poco impío, como decian los buenos liberales de aquel tiempo, que comenzaba «Despierta Italia, rosa del pensamiento» La defensa fué brillante y digna del artículo. El nom-

bre del jóven orador empezó á resonar en la lengua dulcísima del Petrarca y del Dante.

Habia entonces un excelente promotor fiscal, cuyo nombre entregamos á la historia, don Joaquín Ruiz de Cañavete, que no dejaba tregua ni reposo, á los periódicos demócratas sobre todo. El fiscal denunciaba: el jurado decia que habia lugar á la acusacion y héte aquí un periódico llevado á la barra. Figueras, Castelar y otros no se daban mano para acudir á defender tanto pobre periódico denunciado. Un dia defendia Figueras al editor del *Eco de las barricadas* ante el tribunal correccional de la audiencia: el 10 de Febrero del 55 defendia él mismo un artículo del *Látigo*, que era absuelto por ocho votos contra cuatro: otro dia Garrido, que era el que redactaba *El Eco de las barricadas*, sobre el que habian caido ya tres absoluciones del jurado y que estaba preso aun, era puesto en libertad: Castelar se presentaba otra tarde ante el jurado y por siete votos contra cinco obtenia la absolucion de un folleto del mismo Garrido *El pueblo y el Trono*, y otra noche, en fin, para celebrar otra defensa, ó para otro acto patriótico, no estoy seguro, reuníanse en un banquete en Capellanes, hasta doscientos demócratas, de los mas notables de Madrid: Orense, García Ruiz, Garrido, Sixto Cámara, Castelar, algunos oficiales de los batallones de ligeros, y allí se hacian discursos muy liberales, muy enérgicos, y muy *avanzados* añadían con cierto encono los periódicos progresistas. Al *P. Cobos* solia defenderle Nocedal.

Era aquella la época del encono y de la pasion. De periódico á periódico se dirigia diariamente una lluvia de insultos. Los desafíos eran muy frecuentes y los diarios daban cuenta de ellos muy

claramente y sin figuras retóricas. Alarcon se batió con Quevedo: cada uno de ellos disparaba cuatro tiros y el honor de entrambos quedaba satisfecho. Al otro día Alarcon suprimia el *Látigo* por «razones no políticas» decía. Hasta tal punto llegó el frenesí de los periodistas que el *Diario Español* congregó en su redaccion á los de todos los periódicos para ver la manera de terminar tanto duelo y de sujetar las cuestiones á soluciones que se fiaran menos en la casualidad ó en la destreza y mas en la razon. A Castelar se le nombró secretario de este Tribunal de honor de la prensa. En épocas de trastornos y de transición ocurre siempre esto. Los ánimos se exaltan fácilmente, y lo que se empieza por una niñería se acaba por una provocacion. La revolución llega en cierta manera al alma: y un período de revolución es siempre un período de locura y de vértigo.

XV.

La idea democrática estaba en los aires, es cierto; pero necesitaba un hombre en quien encarnarse y que tuviera facultades para poder llevarla á todas las conciencias. Habia uno que era muy digno, muy probo, muy consecuente y muy republicano; habia propagado la buena idea por ciudades, villas y aldeas, pero se llamaba Oreñse y en realidad no habia nacido mas que para hablar en lenguaje familiar y contar cuentos, mas ó menos chispeantes. Estaba Rivero, pero Rivero no era mas que un periodista seco y un orador de parlamento: estaba Sixto Cámara, pero Sixto Cámara tenia mas fuego que instruccion, y el fuego

solo no basta: estaba Guisasola, pero Guisasola no sabia mas que convertir su bisturi en bayoneta y escribir frases incendiarias: estaba Garrido, pero Garrido no era mas que un obrero como otro cualquiera del pensamiento, á quien faltaba arte, galanura, poesia, flores en el pensamiento y en el alma: estaban Martos y Pinedo, pero Pinedo y Martos habian aceptado puestos ministeriales, eran oficiales de secretaria, sinome engaño, en el Ministerio de la Gobernacion, dando así muestras de lo que podrian hacer mas tarde: estaban Figueras, Ordax AVECILLA, Sorní y algunos otros, pero á todos les faltaba algo para impulsar, aunque no fuera mas que por unos pocos años, el movimiento democrático, y ser el alma de aquella alma que habia de infundir nueva vida á la España de los fusilamientos de Alicante, de los despilfarros de Sartorius, y de las chocheas de los esparteristas que, soñando siempre con golpes de estado no sabian prevenirse contra el que claramente se veia que los amenazaba.

Hasta entonces Castelar no habia sido mas que un muchacho que hablaba bien, aunque algo gongorino, algo difuso y algo alambicado. Los periódicos le habian llamado «apreciable jóven» y nada mas. Era una esperanza, corriente. Pero nada mas que una esperanza. Faltábanle estudios prácticos, por decirlo así. Un estadista necesita algo mas que la historia: necesita nociones de derecho público, nociones de economía política, nociones de derecho administrativo. Donde mejor se patentizaba su especial talento y su viva imaginacion, era en la tribuna. Allí conmovia y entusiasmaba. A veces hablaba con verdadero lirismo, y el lirismo, por mas que se declame contra él, agrada. Aquella fantasía maravillosa, aquellos